

preciaron las invitaciones que les hizo su misericordia por medio de sus Apóstoles, sus fieles servidores. Es decir, que la corrupcion de su corazon formó tan densas tinieblas en su espíritu, que á fuerza de violar la ley de Dios, aquel pueblo infortunado llegó hasta negar á su Hijo, á combatir á los que creían en Él, y á rechazar todos los misterios de la Redencion: no quisieron comprender, por temor de verse obligados á obrar bien (1).

Mas ¡ay! la historia de un gran número de cristianos tiene entera semejanza con la de los judíos.... Jesucristo, al revelarnos la causa por la cual los hebreos han permanecido en el judaismo, nos ha revelado tambien la verdadera causa por la que muchos cristianos, con grande escándalo y desolacion de la Iglesia, pierden todos los días la verdadera fe en el seno mismo del Cristianismo, y caen en el abismo de la incredulidad. No nos hagamos ilusiones en cuanto á ellos: si han cesado de creer en la religion católica, no es porque á fuerza de exámen y de estudio hayan llegado á convencerse sériamente de su falsedad, sino porque á fuerza de dejarse supeditar por todos los vicios, su corazon se debilita miserablemente, y ya no tienen valor para practicar su religion. No es porque hayan descubierto nuevas razones de dudar: es únicamente porque han contraído una costumbre inveterada de pecar; no es porque se hayan persuadido de que la religion es falsa, sino porque ha llegado á hacerseles insoportable.

El que despues de haber creído cesa de creer, ya no cree más que en interes de sus pasiones: si hay un corto número de personas á quienes los errores conducen al vicio, en el mayor número los vicios son los que engendran los errores. La corrupcion del corazon trae en pos de sí delicias de la inteligencia, y sólo se cesa de creer, por no estar obligado á vivir bien: *Noluerunt intelligere, ut bene agerent.*

Si Jesucristo hubiese limitado su doctrina á la sublime teoría de algunas verdades incomprensibles; si no hubiese unido á ella la severidad de los principios; si no hubiera sido más que el Doctor de las naciones sin ser Legislador; si se hubiese contentado con exigir el homenaje del espíritu sin encadenar el corazon; si contento con la sumision de la inteligencia hubiera dispensado á los hombres de la práctica de las virtudes, el universo

(1) *Noluit intelligere, ut bene agere. (Ps. 35.)*

entero habria convenido en reconocer en Él los caractéres del Hijo de Dios y del Salvador de los hombres; toda la tierra sería su templo; el género humano, en su totalidad, sería cristiano, formaria su Iglesia y su pueblo, y tendria tantos discípulos como hombres hay en el mundo.

Mas como el Salvador del hombre debia reformar y dirigir todo el hombre, no separó la regla de la fe divina de la regla de las costumbres, y manda, no sólo observar los dogmas, sino tambien practicar sus leyes; por eso su religion encuentra en el mundo tantos indiferentes que la descuidan, tantos adversarios que la combaten, tantos detractores que la desacreditan, tantos tiranos que la persiguen, tantos apóstatas que la abandonan. ¡Ay! Porque la moral cristiana es molesta, la fe divina es sospechosa á un gran número: porque el Decálogo es insoportable á las pasiones, la razon encuentra el Símbolo absurdo: porque el yugo de los deberes es demasiado pesado, se rechaza el yugo de las creencias: porque el hombre se irrita contra la santidad de la fe divina, se subleva contra la verdad de la fe: *Noluerunt intelligere, ut bene agerent.*

Cada hombre está dominado por una pasion, y toda pasion está siempre en lucha contra la fe: la pasion y la fe se repelen, se combaten, y aspiran á la destruccion una de otra en el corazon del hombre. El triunfo de la fe en un alma es la derrota de la pasion; y al contrario, el triunfo de la pasion es, á su vez, el aletargamiento, y, á la larga, la destruccion de la fe.

Así, la Sagrada Escritura lo afirma, las costumbres viciosas corrompen el corazon. La corrupcion del corazon, á que no se resiste desde su principio, conduce bien pronto al cristiano de desórden en desórden, de exceso en exceso, á un estado de conciencia que le hace abominable, no sólo á los ojos del soberano Juez, sino tambien á sus propios ojos: «Se han corrompido siguiendo sus inclinaciones, y han llegado á hacerse abominables» (1). En seguida, de en medio de la cloaca de todas sus pasiones y de todos sus vicios, comienzan á exhalarse funestos vapores, que llegan hasta oscurecer la creencia en Dios, y el corazon llega á ser de ese modo el foco de la irreligion: «El hombre, á quien sus

(1) *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis. (Psalmus 13.)*

pasiones han vuelto insensato, ha dicho en su corazón: no hay Dios» (1).

Observad, en fin, que los dos convidados que habían comprado el uno la casa de campo y el otro los bueyes, hicieron presentes sus excusas, suplicando les fuesen admitidas: *Rogo te, habe me excusatum*. Sólo el que se había casado respondió con insolencia á la invitación: «No puedo absolutamente acudir: *Non possum venire*.» Lo cual significa que entre todas las industrias inventadas por el genio del mal para debilitar la fe en el corazón del hombre, entre todas las pasiones que impiden á los hombres acudir á las invitaciones de la gracia cuando los llama á la verdadera Iglesia, ó que los arrastran fuera de su seno, la incontinencia es la más poderosa y la más funesta. Sí, el demonio de la carne es el adversario más terrible de la religión cristiana, que es una ley de castidad.

Tanto la historia sagrada como la profana atestiguan en alta voz, que con el veneno de la impureza se halla siempre mezclado el veneno del error; que el pudor y la impiedad tienden á excluirse mutuamente; que los vicios opuestos á la religión y al pudor marchan con paso igual, y que ese doble fenómeno es contemporáneo en toda alma lo mismo que en toda sociedad.

Salomón, que había dicho que el vino y las mujeres conducen á la apostasía á los hombres más sabios (2), fué él mismo una confirmación terrible de la verdad que había proclamado. Sí, las pasiones sensuales condujeron á las sacrílegas extravagancias de la idolatría á aquel hombre tan sabio y tan colmado de beneficios por parte de Dios. Sobre toda la superficie de la tierra, la incontinencia fué una de las causas más poderosas de idolatría. Los dioses de madera y de piedra no principiaron á aparecer entre los hombres hasta la época en que su corazón se prostituyó á divinidades carnales. Jamás se habría adorado á un Júpiter incestuoso si los incestos no hubiesen sido ya conocidos entre los humanos; y si la impureza no hubiese sido un vicio bastante común, no se hubiera adorado á una Vénus impúdica.

En los primeros siglos del Cristianismo, la impureza fué también la que produjo las deserciones públicas de la fe. Tertuliano

(1) Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus. (*Psalm. 13.*)

(2) Vinum et mulieres apostatare fecerunt sapientes. (*Eccl., xix.*)

observa que, así como los mártires más animosos fueron los más puros en sus costumbres, y las vírgenes más puras las heroínas más firmes y más intrépidas, así también los apóstatas más viles que en los días de persecución abjuraron el Cristianismo fueron hombres corrompidos; cuerpos entregados á la molición y al placer, no eran los más adecuados para sufrir los tormentos y el martirio; los esclavos de la lujuria era indignos del honor de ser prisioneros de Jesucristo; los adoradores de la carne pasaban fácilmente á la adoración del espíritu impuro, que es el dios de la carne.

En todos los siglos se ha observado siempre que así como la mayor parte de los ateos declarados han sido al menos en secreto impúdicos, así también, la mayor parte de los impúdicos consumados han sido ateos, por lo menos en la práctica y de corazón.

Bajo la máscara de todos los sistemas de incredulidad, en el fondo de todas las herejías, se encuentra la impureza. Es el primer móvil, el sosten, el principio común y el fin de todas ellas: lo que el orgullo comienza, lo que los deseos livianos continúan, la lujuria lo propaga y lo corona.

¿Cuál es el heresiarca que no ha buscado ó consentido el envilecedor concurso de la incontinencia? ¿Quién no sabe lo que fueron los nicolaitas, los gnósticos, los maniqueos, y en qué fango se revolvieron los impuros donatistas? Arrio, el grande enemigo de Jesucristo, á pesar de ciertas exterioridades de austeridad, se apoyó desde el principio en el desorden de las costumbres. Mahoma atrajo á sí á los pueblos, mucho menos por la gloria que por la facilidad en permitir como cosas legítimas ó indiferentes los excesos contra naturaleza, y por el incentivo del placer presentado como un honesto pasatiempo en esta vida, y como la más hermosa recompensa después de la muerte. Los albigenses, muchos menos por sus predicaciones que por lo licencioso de sus costumbres, agruparon en derredor suyo esas hordas crueles que asolaron la Europa. En estos últimos tiempos, las nuevas herejías, bajo el especioso título de reforma, sólo se han producido del seno de la corrupción: de los sitios de disolución han salido los errores. Un monje incestuoso, un canónigo disoluto, un rey concubinario y adúltero, son los que han dado origen á los monstruosos errores del luteranismo, el calvinismo y el anglicanismo. Las mismas armas que atacaron la individualidad del matrimo-

nio y la profesion del celibato, atacaron tambien la verdad de los santos misterios (1).

La extremada corrupcion del siglo xvii produjo la incredulidad del siglo xviii. El filosofismo del mismo siglo, cuando en 1793 triunfó al colocar una prostituta en los altares, no hizo más que enarbolar su propio símbolo y confesar á la faz del mundo aterrizado, que el ateismo, proclamado una religion, era hijo de la incontinencia convertida en ley moral. Tal vez habréis conocido algunos de esos cristianos envilecidos que en Roma misma, en esa época de vértigo infernal de 1797, quisieron desbautizarse y abjuraron públicamente el Cristianismo. ¿Y cuáles eran las costumbres de esos apóstatas sin pudor? Inútil es preguntarlo: la impiedad misma tuvo que ruborizarse de semejantes conquistas. Ronge y Czerchi, esos nuevos satélites del infierno, esos nuevos fabricantes del cisma germánico, encontrándose padres dos meses despues de haberse casado sacrílegamente por ser sacerdotes, hicieron ver bien claramente que no habian llegado á ser doctores orgullosos del error, hasta despues de haber sido los envilecidos esclavos del deleite. Así, cuando se ve que todos los que traspasan las barreras del catolicismo se lanzan por la senda de los placeres carnales, fácil es comprender cuál es el fuego que los devora, cuál el incentivo que los atrae, cuál el vergonzoso interes que los fascina y los encadena. Del mismo modo, en nuestros dias y en todos los países, entre los ricos, en-

(1) Lutero no consolidó su herejía sino permitiendo la poligamia y el divorcio. Para eso, debió declarar el adulterio una cosa indiferente y dar él mismo el ejemplo de un sacrilego incesto. El dia en que, siendo monje, se casó públicamente con Catalina Baro, monja profesa, aseguró y fijó sus terribles triunfos. Lutero, decia Calvino, es realmente vicioso: ¡haga el cielo que pueda dominar la intemperancia que en él rebosa por todas partes!.... Lo que Calvino decia de Lutero, éste lo decia ingenuamente de sí mismo y de sus sectarios. «Nobles y plebeyos, decia, mis sectarios viven como creen: no creen más que los puercos: viven y mueren como verdaderos animales.» A lo cual sus sectarios se atrevian á responder: «Es verdad, pero ten en cuenta, Lutero, que al vivir así, vivimos como tú; vivimos á la luterana: *Hodie lutheranice vivimus.*» Despues de esto, ¿hay necesidad de recordar los actos sacrilegos de incontinencia de Calvino, que se mostraba tan severo? ¿Es necesario decir lo que llegó á ser Ginebra cuando fijó allí su domicilio? ¿Quién ignora el vergonzoso motivo por el que Enrique VIII se hizo Papa? ¡Hé ahí las poderosas seducciones de las nuevas doctrinas!

tre los grandes, en las córtes, en los ejércitos, en la flor de la juventud, es decir, allí en donde la incontinencia y el libertinaje reinan con más desenfreno, es en donde la incredulidad es más frecuente, y en donde se presenta con más osadía y desfachatez. Es, pues, una triste verdad confirmada por la experiencia universal y constante, que la incontinencia franquea las puertas del error, le allana el camino, y cierra toda salida cuando una vez se ha caído en él: *Uxorem duxi, et non possum venire.*

Á primera vista no se descubre ni comprende fácilmente qué puede haber de comun entre el desórden de las costumbres y la incredulidad, y sin embargo, es una cosa demasiado real y efectiva: entre esas dos aberraciones del espíritu y del corazón, hay relaciones necesarias y lazos esenciales: hé aquí el hecho y las razones.

La primera de ellas es que el libertinaje inspira disgusto á las cosas de Dios, y hace al alma incapaz de conocer la importancia, y de gozar de las delicias de la fe. Dios dijo un dia á Oseas: Profeta, en vano te afanas en predicar á ese pueblo mis promesas y mis amenazas, las recompensas y los castigos que puede esperar: jamas comprenderá nada (1). ¿Y cuál es la razon de esa estupidez? Es, añade el Señor, que el espíritu de fornicacion domina y reina en ese pueblo, y las costumbres carnales le hacen desconocer y olvidar á su Dios (2). El hombre carne cesa de ser el hombre espíritu; el espíritu se vuelve en él grosero y pesado; no se ocupa más que de lo que es material y sensible; llega á hacerse casi imposible reflexionar acerca de las cosas serias, y aplicarse á las cosas espirituales. En eso no hay nada que deba causarnos extrañeza: la costumbre transforma al hombre. El alma, segun la profunda doctrina de los Libros Santos, por sus actos reiterados, se transporta, por decirlo así, hácia el objeto que la ocupa y que la atrae, y fija allí su mansion; hay más, se transforma en él, toma en cierto modo su naturaleza; si se ocupa de las cosas espirituales, si forma de ellas sus delicias, llega á ser espiritual; si se apega á la carne, llega á ser carnal: «Han llegado á ser, dice el Profeta, como lo que han amado» (3).

(1) Non dabunt cogitationes suas ad Dominum. (*Os.*, v.)

(2) Quia spiritus fornicationis in medio eorum est et Dominum non cognoverunt (*Os.*)

(3) Facti sunt sicut ea quæ dilexerunt. (*Ibid.*)

Horribles metamorfosis: leemos con un asombro mezclado de terror las metamorfosis que los poetas paganos hacen sufrir á sus dioses, como, por ejemplo, cuando los pintan convertidos en bestias para satisfacer sus deseos impúdicos. Pero esas infames ficciones, segun la bella observacion de Clemente de Alejandría, expresan una verdad que por desgracia es demasiado comun. Nos enseñan que el vicio de la carne ofusca en las almas más grandes las huellas brillantes de la Divinidad, las oscurece, las eclipsa, las borra y las hace completamente imperceptibles.

«Todo hombre carnal, dice San Pablo, se vuelve, en toda la fuerza de la expresion, un bruto en todo lo que se refiere á las cosas del espíritu de Dios» (1). Esas cosas santas y sublimes llegan á hacerse demasiado elevadas para él, le son superiores, extrañas, antipáticas; le parecen deformes y extravagantes; ya no son de su competencia. Le es imposible comprenderlas, porque son espíritu y él es carne (2). Así, la fe misma, la fe que hace accesibles las más sublimes verdades á las almas más ignorantes y más groseras, con tal que sean puras, porque Jesucristo garantiza á la pureza el privilegio de ver á Dios aún en esta vida, de gustarle y amarle, la fe misma no tiene ya para el alma impura ningun atractivo, ningun precio, ninguna importancia; y todo lo que la fe la presenta en punto á verdades, gracias, ventajas, recompensas, no la mueve ni la interesa, porque todo eso no se ve ni se siente; todo eso le parece quimera y necedad (3). Así, el voluptuoso se aleja poco á poco de todo lo que tiene relacion con las enseñanzas divinas, y concluye por renunciar á ellas absolutamente: *Uxorem duci, et non possum venire*.

En segundo lugar, la fe domina el corazón, inclina la voluntad hácia el bien, y eso es justamente lo que constituye su mérito, su victoria y su triunfo (4). Para creer es necesario querer creer. La fe no es sólo un asentimiento de la inteligencia: es tambien un homenaje de la voluntad; pues bien, el libertinaje doblega la voluntad en sentido opuesto, la crea una bochornosa

(1) Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei. (I, Cor., II.)

(2) Non potest intelligere, quia spiritualiter examinatur. (Ibid.)

(3) Stultitia enim est illi (Ibid.)

(4) Corde enim creditur ad justitiam. (Rom., x.)

necesidad de no creer, y la inspira, no sólo disgusto, sino hasta aversion y odio secreto á la religion.

Mirad á ese jóven, en el cual observais con dolor el espíritu de indiferencia y el desprecio de las enseñanzas de la fe. Las primeras impresiones de una educacion completamente cristiana parecieron inclinarle á la virtud: desde sus más tiernos años fué conducido al pié de los altares, y adoró con corazón afectuoso al Dios de sus padres: tal vez las primicias de su piedad naciente hicieron concebir á sus padres la dulce esperanza de ver desarrollarse bien pronto en él, con el amor á la sabiduría, el culto de la religion. ¡Mas ay!.... Las lecturas obscenas, los espectáculos corruptores, los amigos pervertidos, los malos ejemplos, causas todavía más terribles de corrupcion, le arrastraron por las vías de la incontinencia. Los primeros asaltos de la pasion no hicieron más que quebrantar su corazón; pero el atractivo de los placeres le hizo sobreponerse bien pronto á las aprensiones de una conciencia tímida y no suficientemente fortalecida aún contra los embates de la tentacion. Cayó, pues; pero la repetición de las caídas aumentó sus tormentos; su corazón llegó á ser el teatro y la presa de terrores secretos, de las crueles angustias reservadas á todo el que se aleja de Dios y arrostra el rigor de sus juicios. Pero esos remordimientos, esos terrores, esas angustias, son producidas por la creencia de una revelacion divina, de un juicio universal, de la eternidad de las penas, de la inmortalidad del alma. Hé ahí que del fondo del corazón esclavo de la lujuria, y deseoso de llevar sin perturbacion el yugo de esa ominosa servidumbre, comienza á despuntar y se eleva hasta á las altas regiones de la inteligencia este pensamiento. Y todo, ¿quién sabe si esas cosas son verdaderas?

En un principio esas dudas son acogidas con un secreto horror; pero á medida que el corazón se corrompe más y más, esas dudas llegan á ser necesarias para su reposo. Su interés le induce á buscar la paz en el sacrificio de su fe: la moral cristiana llega á serle un peso insoportable, la fe un sistema odioso, la religion la enemiga de su felicidad. Desde entónces ya no mira á la religion más que como un censor interesado en desacreditarle; le es necesario exterminar á esa enemiga molesta é irreconciliable, que destierra lejos de él la felicidad y la paz, que envenena todos sus placeres. Héle ahí, en fin, llegado á una crisis decisiva.